

y considerar los misterios profundísimos que estaban envueltos en ellas. Todo el resto del tiempo hasta los treinta de su vida, estuvo el Señor con su bendita Madre, acompañándola, obedeciéndola y sirviéndola como hijo obedientísimo á su verdadera y amantísima Madre. De esta sujeción y obediencia podemos sacar la humildad del Hijo y la excelencia de la Madre; porque no puede haber humildad más profunda que sujetarse y obedecer Dios á su criatura, ni mayor grandeza y soberanía que mandar la criatura á Dios: y ésta tuvo la Virgen sacratísima hasta la edad de los treinta años de su Hijo. El cual, habiendo cumplido veintinueve años y trece dias, se despidió de su madre y fué á Betabora á ser bautizado en el rio Jordán, de San Juan, y de allí entró en el desierto y ayunó cuarenta dias y fué tentado, y venció al enemigo; y salió como maestro del cielo á predicar, y juntó discípulos.

é hizo lo demás que referimos en su vida. Pero en este tiempo, aunque andaba de unas partes á otras predicando, la Virgen sacratísima le acompañaba, y se halló con Él y sus discípulos en las bodas de Caná de Galiléa, y faltando el vino, no faltó la piedad de esta Señora para rogar á su bendito Hijo que proveyese aquella falta, para que no cayesen en vergüenza los novios, y con ocasión de aquel milagro se manifestase más su gloria, y así lo hizo Cristo nuestro Redentor, que ninguna cosa que le pide niega á su Madre; y este fué el primer milagro que obró, convirtiendo el agua en vino, y mostrándose Señor absoluto de todas las criaturas.

Otra vez asimismo leemos, que estando predicando Cristo nuestro Señor, vino su Madre, y los oyentes le dijeron: "Hé aquí que tu Madre y tus hermanos te buscan;" llamando hermanos, según uso de los hebreos, á los parientes cercanos de



Cristo, por parte de su Madre, y aun de José, á quien tenían por padre suyo. Y otras muchas veces es de creer que la Virgen santísima acompañaba á su benditísimo Hijo, é iba con Él, y le seguía, para servirle en sus trabajos, y gozar de su vida y doctrina, y magnificarle por las maravillas que obraba; y duró el hacer esto, todo el tiempo que predicó Cristo, hasta que, acercándose ya la hora en que el mismo Señor había determinado de morir, y habiendo celebrado aquella última y misteriosa cena con sus doce Apóstoles, se despidió de su dulcísima Madre, que en la misma casa con otras santas mujeres, aparte, también había celebrado la Pascua, y se fué al huerto, donde había de ser preso, quedando la Virgen en la misma casa, suspensa y temerosa, aguardando el suceso de la pasión.

Quando supo que su Hijo estaba preso y que le llevaban de un juez á otro, luego, sin detenerse, salió de

casa, y le siguió con otras santas mujeres hasta el monte Calvario, donde no se puede con palabras explicar, ni el dolor que penetró su corazón, viendo á su Hijo tan mal tratado y afeado, y como un cordeiro manso despedazado de aquellos lobos infernales, ni la constancia y fortaleza que tuvo, conformándose en todo con la voluntad del Señor, y queriendo la muerte de su Hijo para gloria suya y satisfacción de nuestras culpas. Porque el dolor fué á medida de su amor, de donde él y las demás pasiones nacen, y el amor de la Virgen para con su Hijo fué el mayor que jamás tuvo ni tendrá criatura, porque fué amor de Madre para con su Unigénito Hijo, é Hijo todo suyo, sin compañía de padre, é Hijo que juntamente era hombre y Dios; y en cuanto á la naturaleza humana, el más acabado y perfecto hombre, y más lleno de gracia y dones que puede ser. Pero este sentimiento y dolor, aun-



que fué tan excesivo, no turbó á la Virgen, ni la afligió de manera que no estuviese en pié, como una firme columna, allí cerca de la cruz, mirando con los ojos llorosos aquel espectáculo lastimoso, y ofreciendo al Padre Eterno en sacrificio á su mismo Hijo en olor de suavidad, y suplicándole que le aceptase, y se aplacase, y por Él perdonase los pecados del mundo; porque ella se conformaba con su voluntad santísima, y quería lo que Él quería, y que su Hijo muriese con una muerte tan dolorosa y afrentosa, pues que su Divina Majestad así lo había ordenado.

De esta manera acompañó la Madre al Hijo en sus dolores y afrentas, y entró á la parte de su pasión como verdadera Madre: la cual piedad, queriendo remunerar el Señor, le dijo aquellas lastimeras y amorosas palabras: *Mujer, ves ahí á tu Hijo*; y luego dijo al discípulo: *Ves ahí á tu Madre*, dándole por hijo

adoptivo á San Juan, que desde aquella hora la tomó por madre, para servirla y mirar por ella como si lo fuera; quedando con este trueco la castísima Virgen traspasada de un agudo cuchillo de dolor, por ver cuán diferente era el Hijo que perdía del que le habían dado, y el amor entrañable que para consigo tenía aquel Hijo, que estando, como estaba, tan atormentado en la cruz, no se olvidaba de ella. Cuando le vió espirar, ella juntamente diera su espíritu, si con fuerzas sobrenaturales el Señor no la esforzara; y la lanzada, que después de muerto se dió al Hijo, no menos traspasó el corazón vivo de la Madre que el corazón muerto del Hijo. Después se bajó el sagrado y descoyuntado cuerpo de la cruz, y la Virgen le tomó en sus brazos con tal sentimiento, que ni se puede con palabras explicar, ni con entendimiento humano comprender. Finalmente: habiendo sepultado al Se-



ñor, acompañada de San Juan y de algunas piadosas mujeres, se volvió á la casa de Juan Marcos, donde se había hecho la cena, con increíble tristeza, para aguardar el alegre día de la gloriosa resurrección del gloriosísimo Hijo.

En este llanto pasó la Virgen aquellos tres días que el ánima de su benditísimo Hijo estuvo en el limbo, y el cuerpo en el sepulcro; hasta que, venida la mañana del día del domingo, resucitó victorioso; y acompañado de innumerables almas de los Santos Padres, que como depojos había sacado del limbo, le apareció primero que á nadie, como á Madre carísima, y que más que nadie lo merecía: con cuya vista las lágrimas de triteza se convirtieron en lágrimas de consuelo, y se serenó aquella Señora, que estaba como luna eclipsada por la ausencia del sol. No se puede decir ni entender el gozo que recibió la Virgen con ver á su Hijo vence-

dor y triunfador de la muerte, y los abrazos que le dió, y las veces que besó las señales resplandecientes de las llagas que habían quedado en sus piés y manos y sagrado costado. Pues, ¿quién podrá explicar las gracias y alabanzas que le dieron todas aquellas almas santas, por haber sido medianera de su remedio, libertadora de su cautiverio, y Madre de aquel Señor que con tanta gloria los había rescatado?

Cuarenta días estuvo el Señor en el mundo después de haber resucitado, en los cuales es de creer que muchas veces visitó á su bendita Madre, recreándola con su vista y regalándola con sus dulcísimas palabras, y que los Apóstoles y los demás fieles le darían el parabién de la gloria de su Hijo, y que ella les quitaría toda la duda y sospecha, y los confirmaría en la fé de la resurrección. Al cabo de los cuarenta días apareció últimamente el Señor á su Madre y á sus discípulos, y los



llevó al monte Olivete, y despidiéndose, les echó su bendición, y con inefable gozo, gloria y majestad, subió á los cielos, dejando á la Virgen más alegre por su gloria, que triste por su ausencia.

Volvieron todos al Cenáculo, donde perseveraron en oración, esperando la venida del Espíritu Santo: al cual recibió la Virgen con tanto mayores y más copiosos dones y gracias que todos los demás, cuanto su disposición era mayor, y la dignidad de Madre y de Maestra de toda la Iglesia lo pedía.

Después de esto moró la Santísima Virgen en Jerusalén, ocupándose parte en altísima contemplación de Dios y de los misterios que vestidos de su carne había obrado, y particularmente en recibir muy á menudo el inefable Sacramento de su cuerpo, con los otros fieles; porque si ellos lo hacían, ¿con cuánta más razón lo haría la que tanto mejor que todos entendía la dignidad

de aquel Señor, y tanto más preparada estaba para recibirle, y con el uso de él tanto más soberanos dones y gracias continuamente recibía?

Parte se ocupaba en visitar y reverenciar aquellos santos lugares que su Hijo había consagrado con sus pisadas y obras maravillosas, y parte en formar aquella nueva y primitiva Iglesia del Señor, que se comenzaba á plantar y extender en el mundo: porque ella era la que enseñaba á los Apóstoles y la que les manifestaba los misterios de la encarnación, nacimiento, circuncisión y niñez de Cristo; ella la que con sus oraciones y vida divina, y palabras celestiales, alentaba y daba vida á toda aquella santa compañía; ella la que con sola su vista serenaba los corazones afligidos, componía los afectos desordenados, reprimía y mitigaba los apetitos sensuales, esforzaba á los flacos, levantaba los caídos, confirmaba á



los fuertes, y convertía á los pecadores.

Su caridad para con todos era ardentísima, la humildad profundísima, la paciencia en los trabajos y persecuciones invencible y de manera que sólo el verla despedía cualquiera tristeza y vano temor.

Finalmente: era un oráculo de toda la Iglesia, un sol que resplandecía en el mundo, un prodigio divino, una Virgen tan vestida y adornada de Dios, que en su mismo rostro y semblante representaba la inefable dignidad de Madre suya, con tan grande majestad y gracia, que todos tenían deseos de verla, y muchos se pusieron en camino para Jerusalén, para gozar de la presencia de esta santísima Virgen. Porque, como dice San Ignacio en una carta que escribió á San Juan Evangelista: “¿Qué cristiano fiel y amigo de nuestra santa fé y religión habrá, que no desee ver y hablar á Aquella que mereció tener en sus

entrañas y parir á Dios verdadero?” Entre éstos fué también aquel gran Dionisio Areopagita, discípulo del Apóstol San Pablo, del cual se dice que habiendo sido poco antes convertido á Cristo en Atenas por la predicación de San Pablo, vino á ver á esta Señora; y que, en viéndola, le dió una admiración de grande suavidad, y vió en ella una dignidad más que de persona mortal, que le causó un estupor maravilloso, que la tuviera por Dios, y como á tal la adorara, si no supiera por la fé que no lo era: y añade Ubertino que vió San Dionisio alrededor de la Virgen un ejército de innumerables ángeles.

También estuvo un poco de tiempo la Santísima Virgen en la ciudad de Efeso, en la provincia de Asia, juntamente con San Juan Evangelista, como se saca del Concilio Efesino, en una epístola al clero de Constantinopla, derramando en todas partes sus resplandores, y dan-



do salud y vida espiritual á todos aquellos con quienes trataba.

Habiendo, pues, pasado con este tenor de vida muchos años, y guardándola para consuelo y bien de toda su Iglesia; siendo ya de anciana edad, viendo extendida por el mundo la fé y el nombre de su Hijo; encendida de amor, y derretida de deseo de verle, le suplicó afectuosamente que la librase de las miserias de esta vida, y la llevase á gozar de su bienaventurada presencia. Oyó los piadosos ruegos el Hijo de la Madre, á quien siempre oye, y envió un ángel con la alegre nueva de su muerte, la cual ella recibió con gran júbilo de su espíritu, y lo descubrió á su querido hijo Evangelista. Él lo dijo á los fieles que estaban en Jerusalén, y luego se derramó por los otros cristianos que estaban en toda aquella comarca, y vinieron muchos á Jerusalén, se juntaron en el monte santo de Sión, en la casa donde Cristo cenó con

sus discípulos é instituyó aquella Mesa real de su sagrado Cuerpo para sustento de toda su Iglesia, y el Espíritu Santo había venido en lenguas de fuego. Trajeron los fieles muchas velas, unguentos y especies aromáticas, como tenían de costumbre, y muchos himnos compuestos para cantar en su glorioso tránsito; y para mayor gozo de la Virgen y consuelo de los Apóstoles, de varias partes y provincias del mundo, en que andaban predicando, todos los que vivían entonces fueron traídos milagrosamente á su presencia: halláronse también otros varones apóstólicos, Hieroteo, Timoteo y Dionisio Areopagita, y otros muchos que con grande instancia habían pedido al Señor que los hiciese dignos de ver aquel dichoso espectáculo.

Cuando la Virgen purísima vió aquella santa y bienaventurada compañía, se gozó con un gozo inefable, é hizo gracias á su bendito Hijo por aquel incomparable beneficio



que le había hecho, y con rostro grave y sereno les dijo: que los espíritus celestiales habían mucho deseado su partida de esta tierra, y que ella también lo había suplicado á Dios, y Él se lo había otorgado, y que así presto se cumpliría. Recostose en una humilde cama, y mirando á todos, que ya tenían candelas encendidas en las manos, con un aspecto más divino que humano, les mandó que se acercasen para darles su bendición, la cual les echó, suplicando á su Hijo que la confirmase desde el cielo, y les diese aquellos bienes sempiternos que nunca desfallecen ni se acaban.

Todos se deshacían en lágrimas por la ausencia de tal Madre, y ella los consolaba, y decía: "Quedaos con Dios, hijos míos muy amados; no lloreis porque os dejo, sino alegaos, porque voy á mi querido." Luego encomendó á San Juan que repartiese dos túnicas ó ropas que había usado, á dos doncellas que

allí estaban, y habían vivido mucho tiempo con ella. En este punto bajó del cielo, acompañado de innumerables ángeles, su Hijo dulcísimo, y, en viéndole, con grandes júbilos y saltos de su corazón, dijo la Madre santísima: "Bendígote, Señor, dador de toda bendición y luz de toda luz, por haberte dignado tomar carne de mis entrañas. Bien cierta estoy que se cumplirá en mí todo lo que tú dijiste."

En diciendo esto, se reclinó en la cama y se compuso decentemente, y levantando las manos en alto, llena de increíble gozo por ver á su Hijo, que la llamaba y convidaba á la eterna felicidad, le dijo: "Cúmplase en mí tu palabra"; y con esto, como quien se echa á dormir, sin dolor alguno ni pesadumbre, dió su alma á aquel Señor, á quien ella había dado su carne, la noche antes del día 15 de Agosto, cincuenta y siete años después que parió á Cristo, y á los veintitrés de su pasión,



siendo de edad de setenta y dos, menos veinticuatro dias, según la más probable y verdadera opinión; porque algunos no le dan sino cincuenta y nueve, y otros sesenta y dos ó sesenta y tres, y otros menos. Pero supuesta la verdad tan testificada de tantos y tan graves autores, que los sagrados apóstoles se hallaron á la muerte de la Virgen Santísima, y que San Dionisio Areopagita, como él dice, estuvo presente á ella, necesariamente le habemos de dar más larga edad; pues él no se convirtió á Cristo hasta que San Pablo vino á Atenas, que fué el año del Señor de cincuenta y dos, y á los sesenta y siete de la Virgen.

Llevó el bendito Hijo el alma purísima de su bendita Madre al cielo, donde fué recibida de toda aquella corte celestial y bienaventurados espíritus con cantares de alabanza y júbilos de fiestas y alegría, como convenía que fuese recibida la Reina de todos y Madre de su Se-

ñor. Admiráronse de su belleza, gloria y majestad, y de verla tan rica y adornada de tantas virtudes y gracias soberanas, que con su resplandor oscurecía el de los otros santos, como el sol la claridad de las estrellas. Allí fué colocada sobre todos los coros de los ángeles en coro aparte y por sí, á la diestra de su Hijo.

En la tierra, al mismo tiempo que espiró la Virgen, los mismos ángeles que acompañaron su alma dieron música suavísima, y no menos los que quedaron alrededor de su sagrado cuerpo, para celebrar las exequias; y esta música fué oída de los que allí estaban presentes. Mas los Apóstoles y discípulos del Señor, cuando vieron difunta á la Virgen, se arrojaron en el suelo, besaron con gran ternura, devoción y afecto aquel santo cuerpo, cantando himnos y alabando al Señor, que había tomado carne de aquella carne, y por medio de ella obrado tan gran-



des maravillas. Ungieron el cuerpo, como era costumbre, con preciosos unguentos, y envolviéronle en una sábana limpia, esparciendo flores y suaves olores; pero ninguno llegaba á la fragancia que del santo cuerpo salía. Vinieron muchos enfermos con varias y graves dolencias, y todos quedaron sanos por virtud de aquella Señora, que nos dió la salud al mundo.

En amaneciendo el dia quince de Agosto, los santos Apóstoles tomaron sobre sus hombros las andas en que iba el sagrado cuerpo, y lleváronle por medio de la ciudad á Getsemaní, cantando ellos y todos los fieles y los mismos ángeles, que acompañaban el entierro, loores á la Virgen.

Atrevióse un judío pérfido y obstinado, del linaje sacerdotal, á echar mano de las andas para derribarlas en el suelo; mas las manos, cortadas de sus brazos, quedaron allí pegadas en castigo de su loco atrevimien-

to. Conoció el ciego su culpa, alumbrado con la pena; llorola, pidió perdón, y alcanzolo, porque mandando San Pedro juntar los brazos mancos con las manos que colgaban, quedó el hombre sano en cuerpo y en alma; pues en dia tan solemne y de tanto regocijo para la Virgen, no convenía que ninguno dejase de recibir mercedes por su mano. En llegando á Getsemaní, al tiempo que el santo cuerpo se hubo de poner en el sepulcro, allí fué el renovarse el llanto, el besarle de nuevo, y adorarle con gran reverencia, sin poder desviar los ojos de donde tenían el corazón. Al fin se puso el cuerpo en el sepulcro, pero no por eso se partieron los Apóstoles, antes estuvieron allí tres dias oyendo la música de los ángeles, alabando juntamente con ellos á Dios.

Llegó al tercer día Santo Tomás, Apóstol, que no se había hallado á la muerte de la Virgen, y deseando



ver y reverenciar el santo cuerpo, pidió que se abriese el sepulcro; permitiendo el Señor que viniese tarde, para que con esta ocasión se manifestase lo que sucedió; porque, abriendo el sepulcro, no se halló el sagrado cuerpo, sino solamente bien compuesta la sábana y los lienzos en que había sido envuelto, los cuales ellos besaron; y cerrando el sepulcro, del cual salía un olor suavísimo, y más del cielo que de la tierra, llenos de gozo y de incomparable alegría, se volvieron á la ciudad, teniendo por cosa muy cierta y averiguada que aquel cuerpo santísimo, unido ya con su ánima, y glorioso, había resucitado y subido al cielo.

La estatura de la Virgen fué mediana, aunque algunos dicen que fué algo más que mediana. El color era trigüeño, el cabello rubio y de color de oro, los ojos vivos, y las niñetas de ellos un poco coloradas, las cejas arqueadas, negras y gra-

ciosas, la nariz un poco larga, los labios hermosos y de mucha suavidad en el hablar; el rostro más largo que redondo, las manos y dedos largos, su aspecto grave y modesto, sin ningún género de fausto ni melindres, ni afectaciones, sino sencillo y humilde. Los vestidos que traía no eran teñidos, sino de su color nativo. Era muy mansa, compuesta y recatada; no iracunda, ni risueña, ni libre en el hablar. Pintó San Lucas Evangelista, viviendo la Virgen, algunas imágenes suyas: una de ellas está hoy en día en Roma, en la iglesia de Santa María la Mayor, en la cual se echan de ver las facciones de la Virgen, y cuánto se parecía la Madre á su Hijo.

Esta es la vida de la sacratísima Virgen nuestra Señora, sacada de graves autores, referida breve y sencillamente.

En el cielo está sin duda en cuerpo y alma nuestra Madre, y allí está nuestra Abogada y nuestra Rei-